

SUEÑOS HUMEDOS

SUEÑOS HÚMEDOS

Joaquin Wall



UNIVERSIDAD NACIONAL DE LAS ARTES
ÁREA TRANSDEPARTAMENTAL DE ARTES MULTIMEDIALES
LIC. EN ARTES MULTIMEDIALES

“SUEÑOS HÚMEDOS”

ANEXO / PROYECTO DE GRADUACIÓN

TÍTULO:	ÍNDICE DE MEMORIA ACUÁTICA
PLAN DE PROYECTO:	Proyecto Instalativo
AUTOR:	Joaquin Wall
DIRECTORA:	Dra. Guadalupe Lucero
CO-DIRECTORA:	Dra. Lucie Kolb

1.

Finalmente se develaba. El Tío Manuel había habitado, en paralelo, una otra casa, una aún mucho más cerca de lo de su hermana, mi abuela. Allí me tocaba ir a vivir ahora, después de haber vuelto a vivir a La Plata, luego de una década, a la calle 22, a la casa que todos conocíamos del mismo tío.

Pero esta nueva casa era más grande, más rara, tenía espacios detenidos en el tiempo, con ese diseño espacial de los 60s o 70s que nunca tuvo igual, muy lejano a la moda aséptica del minimalismo sin confort. Recuerdo en particular el living, y mi sorpresa al encontrarlo. Un sillón de cuero marrón, de 3 cuerpos y algunos anexos, en el medio del espacio. Atrás, una barra y un ventanal, quizás hasta una ventana en el techo. Era un lugar luminoso, amplio, sumamente acogedor. Podría pasar allí mis mejores momentos.

La casa en sí no era independiente, sino parte de un complejo rarísimo de despachos de abogados. Al ingresar, encontraba un palier lleno de cosas, del tamaño de una habitación standard, pero que me recordaba a esos descansos de las escaleras, esos halls de entrada a los pisos compartidos europeos, donde se acumulan objetos, colchones y artefactos que le sobran al *welfare*, y que están demasiado nuevos para ser basura, pero demasiado grandes para ocupar parte del valioso espacio del hogar. Allí me encontraba con una chica, joven. Ella me explicaba la situación, que atribuía a años de acumulación y a esa condición de espacio común que a nadie realmente le interesa cuidar. Me preguntaba qué hacía allí, y al responderle que iría a vivir, me respondía con una mueca extraña. Que raro, me dijo, acá solo hay despachos de abogados. Bienvenido.

Luego de recorrer la habitación, como se recorren las escenas de un video juego antes de comenzar a jugarlo, con mi madre, que me acompañaba ahora en la visita, nos disponíamos a dormir, en este caso en una habitación vacía, contigua a la puerta de ingreso, en donde acomodábamos dos colchones directamente sobre el piso. Uno era más grueso que el otro, y estaba más cerca de la pared. Allí dormiría mi madre y yo en el más finito, contiguo al suyo, en el centro de la habitación.

Antes de todo esto, durante el recorrido por la casa, me había llamado profundamente la atención, no sólo el misterio de su existencia (porque nunca antes habíamos sabido que mi tío tenía otra casa, que vivía al lado de lo de mis abuelos, en la misma cuadra que habíamos caminado y atravesado ininidad de veces) sino también

cómo, detenida en el tiempo, con todos los objetos y artefactos de una casa funcional, no tenía un rastro de polvo, de abandono, siquiera de unas semanas de desuso. "Todas las semanas envían a Isabel, la empleada de tu abuela, a limpiarla." me confesaba mi madre antes de dormir.

Ya acostados, desde las profundidades del sueño, me daban muchas ganas de orinar. Molesta sensación si las hay. Era urgente despertarme, ir al baño. Pero algo me detenía, me bloqueaba: ¿Dónde está el baño?, me preguntaba a mi mismo. Sabía que me levantaría urgido de ir corriendo hacia él, pero no saber dónde estaba, en que dirección, me bloqueaba completamente. Finalmente, la necesidad fue tal, que desperté. Lo primero que me asombró fue que tenía alguien al lado: No era mi madre. Pensé, ¿Quién es? ¿Dónde estoy? Luego de unos instantes de confusión total lo supe. Estaba en mi casa, la casa de la calle 22 del tío Manuel, durmiendo al lado de mi novio, Ruggiero, y el baño quedaba donde siempre, detrás mío, atravesando el recibidor, a unos 6 o 7 pasos de la cama.

2.

Por alguna razón, necesitaba un lugar donde dormir y Wilita, que vivía en Rosario, me ofrecía una cama que tenía en un lugar. La cama estaba instalada en una habitación no muy grande, y yo llegaba simplemente a dormir, con pocas cosas.

Había unos hongos y signos de un compañero de cuarto. Al despertarme, mi compañero estaba allí, era grande de cuerpo y nunca antes lo había visto. Me sugirió que tenía que lavar los platos, lo que me resultó extraño, porque no recordaba haber cocinado la noche anterior. Lavé una pila de platos y utensilios bastante grande, acumulados en la pileta, que estaba en un espacio contiguo. Allí hablamos de los hongos que había visto al llegar el día anterior, dos girgolas grandes y rojizas unidas en su base, y decidimos comerlas. Sugerí saltarlas con manteca. No era claro cómo estábamos parando allí ninguno de los dos, y tampoco se cuestionaba la existencia del otro. Pero al volver la vista hacia nuestras camas, noté algo extraño: estábamos, sí, en una habitación dentro de una especie de shopping. Una especie de tienda departamental a modo de pasillo, y frente a nosotros había un local muy elegante de artículos de cuero y polo. Entonces, de pronto, ciertos visitantes del shopping entraron a nuestro cuarto, que ahora era claramente una especie de living o *display* de muebles. O quizás un espacio de descanso. Una familia entera se sentaban en nuestras camas, y el padre, también de contextura grande, casi arriba del plato de girgolas recién salteadas. Así, como para afirmar mi espacio, me acosté a su lado, rescatando las girgolas y comiendolas recostado hacia un lado de la cama, intentando hacerme un lugar.

3.

Todos íbamos a Hvítahus, un ex depósito de hielo, ahora residencia para artistas en el extremo noroeste de Islandia, en una especie de vacación donde amigos, colegas y familia formábamos una masa amorfa. Habíamos pasado un tiempo allí y llegaba el momento de volver, temporalmente, a nuestro origen. Viajábamos en tres jets privados que aterrizaban en una autopista y hacían el último tramo rodando por unas carreteras modernas y curvas. Fue allí que mi hermana, conduciendo uno de los jets, y mi hermano, conduciendo otro, comenzaron a atreverse a la velocidad, en lo que parecía un repentino picadito aeronáutico. Pero no pasó mucho hasta que vi, por una ventana que permitía ver las ruedas del avión a través del piso, el cuerpo de un operario estrujarse, y los gritos de mi hermana lamentándose. Lo habíamos pisado y sabíamos que no era algo bueno. Mi hermano, el chofer del jet responsable, quedaba en manos de las autoridades mientras que todo el resto volvía a la casa de nuestros abuelos, que oficiaba de cuartel general y una especie de área de acampe o rancho. Allí, entre los debates sobre qué hacer y las propuestas de vuelta a la normalidad, me encontraba frente a una biblioteca. Rodrigo Barcos, quien se asomaba desde atrás, me recomendaba bucear en ella, advirtiéndome que contaba con unos ejemplares únicos. Así, al irse ya todos a dormir, en unas camas cuchetas que había en ese mismo living y hacia otras habitaciones y otras casas, tomaba un libro, un tomo de una serie que aparentaba antigua, como esos tomos de leyes o enciclopedias. Descubría allí una especie de mega fanzine de Federico Manuel Peralta Ramos, que incluía gran cantidad de viñetas al estilo cómic en blanco y negro a toda página y detalle, hechas a lápiz pero un lápiz que simulaba una impresión gráfica perfecta y misteriosamente no mostraba ningún signo de manualidad. Luego, unas páginas más adelante, unas fotos a color estaban transferidas perfectamente al papel, como hojas de una revista pornográfica de los 70s en donde una orgía en Ámsterdam tomaba lugar en unos andamios, como cabinas abiertas de múltiples pisos estructurales pero abiertas por completo. De alguna forma, una grilla de *glory holes* bisexuales y hermosamente hippies.

Al día siguiente Virginia Molinari, que formaba también parte del grupo, me avisaba que el miércoles volvería a la residencia, de la cual dispondríamos hasta enero. Yo me sorprendía al saber que volveríamos a ir tan rápido y me preguntaba, por qué no me había quedado directamente allí, aislado en una residencia en los confines de Islandia.

4.

En un pueblo costeño o quizás alguna ciudad turística de Córdoba, un padre con dos hijos se presenta a la puerta de mi hospedaje, pidiéndome usar el baño. Detrás de él viene su grupo de amigos, unas diez personas de entre 30 y 50 años, extravagantes, que se sientan en la entrada, como una especie de quincho abierto o living exterior cuadrado. Delimitando el espacio, entre las cuatro columnas, se erigen unas paredes bajas que ellos usan como asientos. Luego de unas graciosas conversaciones, caigo en la cuenta que esconden algo. Son un elenco encubierto de actores de telenovelas mexicanas. Aunque a la mayoría no los conozco, finalmente me doy cuenta que una de ellas, muy graciosa y ahora bajo una peluca rubia-anaranjada medió inflada, es Soraya Montenegro.

Por alguna casualidad, en una especie de sótano, escuela o conservatorio musical, me encuentro a Marina Ventura, que se prepara para una audición. El encuentro es fortuito pero me quedo a ver su presentación y a ayudarla. El turno de ella es el último y comienzan a haber problemas técnicos. Artefactos antiguos como radios que no funcionan y otros inconvenientes demoran el proceso. En un momento, el sistema completo de amplificación de audio deja de funcionar, escuchándose la voz de Marina muy baja, pero hermosamente entonada y suave, digna de un bolero *lynchiano*. Finalmente la presentación toma lugar. Para ese entonces, uno de los coordinadores o jurados se me acerca, y comienza a tocarme mientras la presentación transcurre. Un hombre de unos 40 años, joven y bastante apuesto.

Ahora estamos en un cumpleaños donde mi tía Ana me pide que me encargue de los globos de helio. Compró así unas garrafas, globos rojos y tanza. El lugar es amplio, una mezcla de escuela pública y club social escandinavo. No hay muchos asistentes, aunque más tarde descubriré que grandes grupos de niños se encuentran presentes en otras habitaciones contiguas, unos comedores gigantes con otros globos que no eran los que yo había traído. Pero en el cuarto en cuestión, el que está a mi cargo, se proyectan sobre las paredes unos cielos saturados y, entre algunos osados asistentes, el fotógrafo del evento se ata un globo a la cintura y queda colgado, ahora en escala miniatura, contra la pared. Lleva con él su cámara, mientras se desliza, colgado de un globo, sobre la pared de cielo falso con su pequeñísima cámara. Pienso en la imagen que estará capturando y me sorprende su idea maravillosa. Un dispositivo tan simple para filmar el cielo y volar. Me dispongo a atarme unos globos.

Aparece Mora que quiere mostrarnos un video clip que acaba de filmar. En la primera secuencia, ella, con una especie de vestido azul holográficamente simple, atraviesa una fiesta en una casa para finalmente dirigirse a una escalera caracol por la que baja. La cámara la sigue. Llega abajo, está sola. Comienzan una serie interminable de planos con estrellas invitadas. Famosos de películas de los 80, a modo de estrellas jóvenes ahora un poco más maduras, muy atractivas. Uno de ellos, un hombre rubio de quijada marcada, que se supone que es su ídolo de la infancia. El video me parece increíble y le sugiero que encargue ese póster de promoción al artista francés que quería cobrarle 30.000 pesos.

Llegamos al club donde están Seba Ribot y Ahmed. Los masturbo y acaban sobre unas toallas. Nos disponemos a ir al agua, un complejo de piscinas gigantes. Allí me doy cuenta que la mayoría de la gente está sentada, como en tribunas o en pequeños picnics o espacios de *hangueo* abajo del agua. Han desarrollado la capacidad de sostener la respiración por horas. Es raro o casi imposible verlos subir a buscar aire. Intento llevar una silla abajo para sentarme, pero sólo hago el ridículo pudiendo quedarme abajo apenas unos segundos, sin siquiera poder apoyar la silla en el piso firmemente. Llega luego la novia sueca de uno de mis amigos, a quien le pregunto por el origen de esta práctica. Me cuenta que es algo histórico, que hay determinados cambios en el ADN de la población local.

5.

Las clases presenciales volvían a ser parte de la currícula. En una nueva locación, como una especie de sótanos interconectados, tenía lugar una clase de la cátedra de Serrano Gomez, de la cual formaba parte, junto con el resto del equipo. Los alumnos estaban dispersos por el lugar y el ambiente denotaba una mezcla entre acampe tecnológico y buffet postapocalíptico. Nos acercábamos a una habitación donde había unos pampas, reflectores para cine y video, iguales a esos que guardo en casa, que me prestó mi socia Julia Sbriller. Me daba cuenta, entonces, que esos misteriosos pampas de extraña fabricación eran producto de la enseñanza de la cátedra, en la que todos los años, los estudiantes aprendían a hacer sus propios dispositivos de iluminación, en particular, estos pampas de luz de tubo y marco de aluminio que algunos años antes habían caído en mis manos desde un origen desconocido. Finalmente salíamos con el resto del equipo docente a comer empanadas a un local en la calle, como se acostumbró siempre después de las cursadas nocturnas de la cátedra Serrano Gomez.

Pero ahora era de día, y estábamos cerca de mi casa, que en verdad no está en Capital Federal sino en La Plata. Comíamos unas empanadas en una mesa en la vereda de la avenida 44, a pocas cuadras de mi casa que ahora, por alguna razón, estaba emplazada sobre esa misma avenida 44 y no en la calle 22 donde suele estar. Luego de las empanadas íbamos todos para mi casa, en donde guardaba los susodichos pampas, colgados de la pared, como lo están ahora. El equipo docente no prestaba especial atención en ellos, pero una vez en la cocina, alguien me preguntaba: ¿Tenés DVDs? A lo que yo respondía: Sí, en el sector blanco. Porque mi casa está ordenada por sectores cromáticos, y los DVDs vírgenes, junto con la videoteca, son parte del sector blanco.

6.

Soñé algo muy lindo y creo que fue mi muerte. En verdad, me disponía a ir a la terminal, a abordar una especie de colectivo que me llevaría de regreso a casa, pero esta vez vía Africa. Iríamos 3 de nosotros: mi novio, mi prima y yo. Nos divertía hacer un viaje tan largo y absurdo para volver a casa. El kilometraje era incalculable, pero conoceríamos paisajes exóticos desde algún tipo de ventanilla.

Me encaminaba a la terminal desde donde partiríamos. Llevaba una mochila muy pequeña con cosas, tres raciones de comida y apenas unos papeles. Entonces, me subía a una especie de tela, una que flotaba y contenía mi cuerpo erguido al mismo tiempo, como una especie de aura textil. Con ella flotaba y me movía en línea recta, hacia adelante, a una velocidad suave y constante, atravesando innumerables locaciones y escenas. Descubría que con una leve inclinación de mi cuerpo o quizás mi mente, podía controlar el movimiento lateral del artefacto para no chocarme con las personas que se encontraban en cada escena. La sensación era muy agradable. En una especie de gran parque, con el pasto similar al de una cancha de fútbol, me cruzaba, entre otras personas, a mi madre, a quien saludaba con alegría. Luego, en un pasillo, mi novia de la preadolescencia, Rocío. No recuerdo mucho más, pero sí que estas escenas contiguas eran muchas. Una especie de túnel no acotado, una yuxtaposición de grandes locaciones, atravesadas por esta especie de caída horizontal, de aura de tela flotante, y de despedida, o más bien, de anuncio de viaje. Volvía a casa vía Africa. Al llegar a la terminal, los segundos del dispositivo áureo-flotante parecían agotarse, y me esperaba un ascensor abierto. Los sonidos eran violetas, como de final de película. Pero las puertas metálicas del ascensor se cerraban y yo llegaba justo a darme vuelta, para detenerme de espalda al chocar con ellas, las puertas metálicas del ascensor, que se cerraban justo antes de poder ingresar. Así, el dispositivo de elevación se disolvía, desaparecía, y mi cuerpo volvía a poner los pies sobre la tierra. Ahora, para llegar a la puerta de embarque, tendría que ir por el acceso de afuera, como todo el resto de quienes estaban llegando para abordar, muchos de los cuales me había cruzado al venir flotando por ese último pasillo.

Al llegar a la estación, luego del intento fallido para entrar al ascensor, me dirigí a la plataforma de abordaje por otro acceso. Había que salir de la terminal, bajar por fuera por unas escaleras, un acceso público y mucho más sucio, una mezcla de subterráneo y cine condicionado. No muy lejos de la entrada se abría la puerta de abordaje. El ómnibus, que en verdad era una habitación que, calculo, se transportaría, era idéntica a una sala de cine

antigua, con butacas en vez de asientos, mullidas pero antiguas, en dos colores. Frente a los tres cuerpos de butacas, central y laterales tal cual una sala de cine clásica, estaban los conductores o en este caso coordinadores o quizás ticketeadores de pasajes. Para mi sorpresa conocía a dos de ellos, el primo de mi mamá, Rodolfo, y al otro también, pero ya no recuerdo quien era. Mis compañeros de viaje, la Ruggi y mi prima, aún no habían llegado. Me sentaba temporalmente en un asiento de la primera fila, del último cuerpo de asientos, hacia el fondo de la sala, luego de saludar al entusiasta Rodolfo que me reconocía al instante. Tenía que buscar el ticket, lo había guardado en algún bolsillo de la mochila. Solo así sabría mi ubicación.

Ya a bordo del gran omnibus-barco-sala-de-cine que nos llevaría de regreso a casa via Africa, nos trasladábamos por unos pasadizos no habilitados. Descubríamos que esta especie de crucero cinemático estaba también habitado por serpientes, y al mover unas placas que oficiaban de paredes, despertábamos a una de ellas, y comenzábamos a correr frenéticamente. Encontrábamos una salida hacia una terraza intermedia del ahora buque, de la cual no teníamos idea de su existencia. Sobre ella, cubierta de un pasto sintético ya bastante transitado, había helicópteros y otros signos de un cuerpo militar. Aunque se entendía que podrían ser los defensores del buque, cierta sensación denotaba lo contrario. Finalmente el comandante aparecía detrás de nosotros, que ahora éramos invisibles, simples espectadores de la escena. Quizás él también huía de las serpientes. Entonces, unos militares de guardia lo descubrían y reducían, diciendo que lo dejarían libre cuando les diera el código del cajero. El comandante entregaba el código, pero aún así ellos se disponían inmediatamente a ejecutarlo. Yo, como espectador, aguardaba la llegada del elemento que salvaría al comandante de su destino inminentemente trágico, para él y todo el buque, como quien ya conoce el final de la película que va a ver.

7.

Estábamos haciendo una fila, otra fila para abordar. Él dijo que iría al baño, nos pareció bien. Fuimos los tres.

8.

Un banco y una tanza. Algo pasaba con las patas de ese banco, transformado en repisa, en pequeña biblioteca con pies. Y también algo pasaba con esa tanza, que constantemente marcaba el límite. Sentí, en un momento, que en uno de los mundos del futuro sólo había límites e invitaciones. La tanza marcaba siempre hasta donde estaba tu zona, y desde dónde, para pasar, precisarías invitación.

9.

La familia decidía reconstruirse e iríamos todos a vivir nuevamente a la casa familiar. Las dinámicas eran raras, y la sensación confusa: entre entender si estábamos volviendo a vivir allí o nuevamente nos estábamos yendo. Mi hermano tomaba la habitación que había sido mía, ahora pintada de blanco, con algunas nuevas divisiones de durlock blanco. Parecía más grande y tenía acceso a ese gran piso superior, inexistente en la casa de Tolosa, pero ya presente en otros días como éste. No estaba claro cuál sería mi habitación, pero yo circulaba bastante frenéticamente, en busca de algo. Me entretenía con un gran mueble antiguo, completamente vacío en algunos compartimentos, y completamente lleno en otros. Esa era la sensación, de una detención completa entre algo empacado y algo habitado. Entonces, revisaba el contenido de un compartimento, en la esquina superior izquierda, detrás de una pequeña puerta alargada de madera tallada, digna de esos muebles barrocos: una gran acumulación compacta de especias y otros polvos. Finalmente le encontraba, un tubo de vidrio muy angosto, con una sustancia flotando en un líquido. Cardamomo.

De alguna forma, esta escena se completaba con el nuevo jeep que había comprado mi madre, y que iríamos a probar a la playa. Cada uno, con su maleta, en un jeep de una madre que nunca había manejado antes, pero ahora ostentaba un nuevo auto de cualidades particulares. Lo curioso, quizás, era que finalmente el conductor era mi padre, y las ruedas eran en extremo puntiagudas, como las de un auto de juguete de fantasía aventurera, escaladas a tamaño real. Todo el vehículo, en general, dejaba notas de esta rareza en la escala. Finalmente, entrando en la playa, similar a las bajadas desde el parque en Necochea, pisábamos la arena y las ruedas se atascaban al instante, dejándonos quietos y a la deriva. El conductor, mi padre, se bajaba en busca de ayuda y alguien venía entonces a apropiarse del jeep. Como si en vez de un vehículo se tratase de un caracol vacío, en busca de otro molusco que lo habite. Así, con una violencia moderada, entendíamos que estábamos siendo asaltados, pero también se nos permitía llevarnos nuestras maletas, apiladas en el baúl.

10.

Alguien, una especie de figura holográfica o de presencia no tan carnal como es de esperarse, me preguntaba si a mi madre le gustaban los limones durante su embarazo, mientras yo veía imágenes de ella y de otras madres, cortando limones en cuña, bajo la luz de la mañana. Que belleza las madres y los limones al momento de parir, me decía el holograma.

11.

Un teatro inmenso. Recuerdo en particular, ese momento en que logré atravesar las paredes, y transitar su pasillos externos, por fuera. El revestimiento era azul y brillante. Quizás algo de esa luz tan moderna y celestial que empañanaba todo su interior, y el paisaje abstracto que se veía desde adentro, tenían que ver con eso, justamente, con su revestimiento. Porque en verdad afuera era todo bastante feo, derruido, seco e inhabitable.

12.

Nuevamente en esa casa extraña, quizás en Buenos Aires. Esa habitada ya tantas veces en estos días extraños y nunca vista en la vigilia. Esta vez, mi prima, La Britney, y su amiga, La Carita de Ave, están de visita. Les presento a mis nuevos compañeros de piso, dos hamsters sueltos, que recorren el hogar y se dejan ver de vez en cuando. Nos tiramos en la cama a conversar, hasta que La Britney me hace notar, un poco alarmada, un poco preocupada por mi falta de atención, que no son dos sino tres los roedores que merodean por los pisos y se esconden entre las plantas. Entonces, con la ayuda de una escoba, invito a los roedores a salir afuera, y cierro la puerta, que para cubrir la hendidija inferior tiene adaptada una de esas escobillas de plástico negra. Pero las pequeñas criaturas se atreven a todo y vuelven a entrar, primero una, luego otra, adaptando su cuerpito a una delgadez extrema. Al entrar la última, la más grande que ya estaba adentro, quizás la madre, realiza hacia atrás un gesto agresivo, amenazando con sus afilados dientes al tercer visitante en cuestión, que intenta atravesar la hendidija, siguiendo la técnica de sus predecesoras. Ya no hay dudas, la última en entrar es la intrusa. Y no es un hamster, es más bien una rata.

En otro departamento, mucho más moderno y hostil, como el 90% de las construcciones contemporáneas que, en pos del minimalismo, se ahorran el precio del alma, veo hacia el fondo del cuarto una gran pared de vidrio que da hacia un pequeño patio o jardín, probablemente en un primer piso. De pronto aparece él, personaje molesto si los hay y que no merece ser nombrado. Se dirige al exterior, del otro lado del vidrio, alzando previamente la persiana hasta el máximo de apertura. La luz que entra me encandila. Desde el otro lado del ventanal, hace unas monerías horrendas, saludando hacia adentro para luego volver a entrar, cerrando la persiana y dejando el cuarto oscuro. Entonces comprendo su truco. Su imagen, patética performance, llamado de atención, queda grabada en la ventana cómo en una pantalla. ¿Cómo es posible? Me pregunto. Son los rayos de luz, que han quedado atrapados rebotando entre ambos vidrios del ventanal térmico. Me siento engañado. No resisto la condena de vivir con esa holografía encapsulada. Pero entonces entiendo, sólo será necesario volver a abrir la persiana, para que nuevos rayos de luz entren y liberen a esta pantalla gigante de semejante imagen del horror.

Ahora sí, finalmente he conseguido un nuevo trabajo. Algo así como un asistente de un ortodoncista. Me toca ir al consultorio, en bicicleta: es mi primer día. Me entregan unos papeles y algo más, que llevo en una especie de plataforma de apoyo, acoplada al manubrio de la bicicleta. Tomo una de las avenidas principales, quizás Independencia o

San Juan, dirección norte. No hay mucho tráfico y voy de prisa, la ciudad es gris y un poco sucia como siempre. Pero entonces lo veo. Ese objeto anexo que viene con la foja de papeles no es más que una dentadura entera, con un trozo de paladar pegado. Me repugna ver cómo ha comenzado a desprender un líquido que moja los papeles. El asco no impide que lo toque y, por evitar que el trozo de carne y muelas caiga al asfalto, mis manos se manchan de esa saliva ajena en descomposición y la impresión por semejante escena sólo me permite una cosa, volver, deshacer camino. Entonces emprendo una vuelta en reversa con la bicicleta, a toda velocidad. Voy, literalmente, marcha atrás. La falta de tráfico ayuda, como también cierto don en dominar esta técnica motriz. Entonces, llego a la intersección con una avenida transversal, quizás Retiro, quizás la 9 de Julio. Freno en una maniobra digna de un *biker* y, girando la cabeza hacia atrás, observo una catástrofe. El Plaza, uno de esos ómnibus interurbanos tantas veces tomados, está siendo tragado por el pavimento. Un titanic del conurbano. Un bache en la avenida ha cedido y se traga un colectivo entero, como una víbora comiéndose un sapo con ruedas. Ya falta poco, solo quedan las últimas filas de asientos.

13.

Vuelven las actividades presenciales a la educación pública y el Bachillerato de Bellas Artes realiza un acto festivo especial, en un campo de fútbol. Quizás se inaugura el campo, o quizás las gradas, lo cierto es que los miembros del equipo docente y los asistentes a semejante evento se ubican en unos grandes bancos de cemento emplazados en el centro del campo. Decido infiltrarme, ser parte. Me dirijo al asiento en donde se encuentran sentadas Carmín, ex compañera del mismo Bachillerato y actual colega en la U.N.A., y Posca, Norma Posca, su madre, profesora de grabado en nuestra época de estudiantes secundarios e icono del Bachi, como solíamos llamarlo. Me siento a su lado. Escucho unas voces invisibles, sin cuerpo, que me critican “Cómo es posible que me infiltre en una situación cómo ésta, de cuidados y distancia.” Dicen. “No hay cupo. No debería hacerlo.”

Finalmente el show va a comenzar. Nadie comprende muy bien por que estamos en un estadio de fútbol y mucho menos por que estamos sentados en estas gradas dentro del campo de juego. Pero el sentimiento es de entusiasmo y expectativa. Finalmente, comienza la acción. Los bancos, ahora unificados en un gran banco inmenso, del tamaño de un colectivo curvo, comienzan a moverse. Nos llevarán a Gonnet, o City Bell, a ver vaya uno a saber qué. Quizás el show es el traslado. Entonces, atravesamos avenidas, el distribuidor, para entrar en una zona húmeda, llena de barro y charcos. Me sorprende el movimiento del banco y cómo a pesar de su falta de ventanas o cualquier tipo de protección, es estable en su movimiento y nos mojamos poco al atravesar los grandes badenes con agua. Finalmente, subimos a una pequeña loma donde se ve un atardecer típico de las afueras de La Plata. Llegamos.

14.

En algún lugar del centro de La Plata, quizás en Residencia Corazón, o alguna otra vieja casona, nos encontramos con Sofi y Cata, integrantes del primer grupo de Sede Vídeo de Creadores de Imágenes, taller que coordino en estos días. En vías a decidir nuestro almuerzo, o nuestras viandas, propongo conseguir unas nuevas manzanas que probé hace poco y que tienen un sabor especial. No son Pink Lady, al contrario, en su nombre imprimen el color azul. Pero tampoco son moño azul. Quizás sean Lady Azul, o Dama Azul. Tienen un sabor parecido a las Pink Lady, pero más suave, sin perder esa fuerte nota floral, dulce, nectarosa. Conseguimos una y la probamos. También sumamos al menú una media docena de los clásicos imperialitos que venden en 13 entre 34 y 35, los que mi bisabuela se aseguraba de comprar en cualquier oportunidad que lo ameritase. Entonces, casi listos para arrancar, vemos en el reloj que estamos 20 minutos pasados de la hora en la que nos encontraríamos con el resto de los creadores en la sede de nuestro taller. Tomamos un taxi cargando todo desenfrenadamente y subimos rápidamente. Dentro del taxi, y a toda velocidad, le pregunto a Sofi cómo hizo para subir al auto tan rápido, y donde quedó la silla de ruedas que usa para trasladarse. Me hace notar que subió de una forma muy improvisada, dejando parte de la silla fuera del auto. Esto parece peligroso. Entonces, pedimos al conductor que detenga el auto, que se estacione sobre la mano derecha para resolver el asunto. En una maniobra atroz, un colectivo nos pasa muy cerca. La prevención parecía no haber sido una buena idea. Finalmente no pasa nada y logramos estacionar para reacomodarnos. Entonces el taxista nos hace notar que se nos han caído todas las fibras al piso. Son muchas, dos tipos de fibras diferentes, unas sueltas y otras parte de un juego de esos que vienen en una fina caja de lata, caídas en el piso de la parte trasera del auto, pero también del acompañante delantero. Las juntaremos al llegar al taller.

Llegamos. Algunos creadores ya esperan en la puerta. Dentro del taller, alrededor de una mesa grande y blanca, nos disponemos a resolver el tema de las fibras. La idea es limpiar las fibras de pincel, porque no todas son fibras comunes sino que algunas son de esas que tienen punta de pincel. Pero están obstruidas por la pintura seca, y nos toca desarmarlas, sacarles la punta y limpiarlas, para luego volver a colocarlas. El proceso es bastante delicado. En un momento, al sacar el pincel del cartucho, a Sofi se le derrama todo el contenido líquido de la fibra sobre la mesa. Esto es algo terrible y hace una expresión de urgencia. Cata sale corriendo en busca de la silla de Sofi, para llevarla en busca de un trapo o algo así. Pienso que son un buen equipo.

15.

Playa. Entonces volvería durante la madrugada. Mi hermana, pequeña, iba en mis brazos. Retomaremos por la playa para ver el amanecer. Había un show con música, espectadores y gran parafernalia. Un *mapping* en el cielo convertía el sol en una esfera holográfica que se movía y hacía trucos. El sumum del mapping, pienso. Por momentos, nubes artificiales tapaban al verdadero astro para evitar que se vieran dos soles en paralelo. El sol auténtico, un tanto aburrido y predecible para el nivel del espectáculo, se tapaba para dar origen a uno revoltoso, cambiante e hyper 3d, que se movía y transformaba al compás del beat que pulsaba el festejo. Era un futuro asiático. Hasta el sol era de cotillón. Era una nueva épica, un nuevo amanecer. El sol ya no salía del horizonte, sino que nacía de la tierra misma, de una especie de valle no muy lejano, primero como una bola pequeña, que crecía y comenzaba a llenarse de poder con unos líquidos que se movían por su superficie. Plasma o algo así. Todo un ámbar translúcido.

No iba a ser fácil salir del país en cuestión. Nuestros bolsos se reducían día a día. Sabíamos que, en caso de poder viajar, sólo lo haríamos con lo puesto. Finalmente nos confirman la ruta. La mujer que nos traduce me dice que me cambiará los dólares. Se, de alguna forma, que se trata de una estafa. Me da unos billetes muy mal impresos. Logro, en medio de la transacción, mostrarselos a un quiosquero de la terminal, que me confirma mis sospechas. “No, no, no”, me dice, en ese tono sin idiomas del negativo.

Hay ataques, escondites. Hay familias ocultas e infiltrados del poder.

Finalmente subimos al avión. Nuestro destino son unas islas pequeñas en algún mar pequeño. Ni muy limpio, ni paradisiaco. Casi como una isla del delta de un río marrón, pero al contrario, completamente aisladas en una masa de agua turbia.

Nos toca remar. No se entiende si es una excursión, un trabajo forzado o una trampa. Hay opiniones contrarias al respecto. Nuestra guía nos indica una zona, un área limitada en donde debemos permanecer. ¿Hay pesca? Preguntan. Llegamos con dificultad. No tenemos brújula, solo un mapa bordado con hilo grueso. Por momentos, logramos tomar el control de los remos y el pequeño bote, extraña góndola, se mueve a gran velocidad. Encontramos de vez en cuando gente en una situación similar. Un show migrante, patético y sucio. Nos dirigimos a otra zona, no deberíamos ir para allí y lo sabemos. En el bote hay una cabeza de chancho. Aquí vemos una toma de agua, que

provee a la isla de agua potable, y unos autos estacionados, también sobre el agua. Sabemos que si nos encuentran allí no nos irá bien, por lo que decidimos volver. Al pasar por una zona turbulenta la embarcación tiembla y perdemos algunos objetos, que mi hermana rescata zambulléndose. El agua es más cristalina en esta zona.

Cada vez más cerca de nuestro punto de regreso, atravesamos una especie de oficina pública muy similar a un aula de clases, cruzamos halls y quioscos aun estando arriba del bote. Ya no remamos sino que empujamos el bote con los pies, porque estamos en tierra firme. Los locales desaprueban nuestra táctica, deberíamos remar hasta llegar al final del recorrido.

Entonces, allí, una vez devuelto el equipo, veo que al costado de la sala está mi amigo del secundario Sebastian Ribot con otro joven desconocido, o quizás Felipe Alardi, jugando un juego con monedas. Una especie de sapo inventado, timba de emboque. Se entra con dos monedas de un peso. Lo invente yo, me dice Sebastián.

Me quedo pensando en que las monedas están prohibidas, y en lo aislados o poco relevantes que son esos pesos antiguos, para que este juego haya podido pasar desapercibido.

16.

Un viaje adolescente, una especie de Aqua-Teens criollos. Con un grupo de amigos del secundario, quizás todo el curso, quizás parte de un grupo mayor, viajamos en tren hacia un lugar lejano. Al comienzo, el tren es el subte de Buenos Aires y con nosotros viaja una versión jovencísima de Lene Nystrom con el pelo idéntico al video de Turn Back Time. Entonces mientras ella cuenta anécdotas o habla vaya a saber de que, grabamos con el celular un falso video clip, una remake argentina, cantando por detrás del celular algunas estrofas de la canción. El atrevimiento toma forma y de pronto todo el vagón está a disposición del rodaje. Pero ahora los asientos de pana clásicos de la línea C son filas de mesas de madera, a ambos lados, mesas y sillas enfrentadas en fila. La cámara y la producción se mueven descontroladamente y yo comienzo a dar grandes saltos. Frente a semejante despliegue, algunos de los presentes comienzan a despejar el área, pero el tren se detiene y alguien entra. Hemos parado en algún lugar de la provincia donde comeremos asado. El tren, que ahora es un vagón comedor, está estacionado frente a una parrilla y desde afuera entran a servirnos. Me siento en una mesa chica, donde ya hay carne y papas servidas. Lisandro y Matías se suman a la mesa y comienzan a comer de inmediato unos trozos de carne.

17.

Son muchos los rubíes que caen al suelo y se estallan en pequeños pedazos. Se hacen añicos. Añicos de lujo. Filosos. Cortantes. Astillas rojas tan valiosas como amenazantes. El público alrededor se debate entre levantarlos con sus manos, o simplemente bailar descalzos sobre ellos.

De nuevo, en la casa de mis abuelos con Franki y Alex. Hoy ellos duermen en la habitación del fondo. Antes de eso, en el living, se arma una pequeña fiesta, con porro y esas cosas. La noche se pasa sin darnos cuenta.

De mañana llega mi hermana y las visitas no están en la cama. Mis abuelos, desde el hall hacen comentarios sobre el olor a humo. No te drogues, me dicen. Arruina la pintura. Un delivery llega a la puerta, suavemente me pisa las puntas de los pies. Entra a la casa y lleva la carga hacia el fondo. Son cajitas de MTV con golosinas de gelatina dentro. Franco y Alex se van, se ríen de mí en la puerta. Finalmente aparece mi padre, que también se despide, se va con su novio.

Me quedo limpiando el living, acomodo la mugre y los paños. Mientras tanto inicia una nueva fiesta de gala. Aparecen todos nuevamente: es un bautismo. Franki viste de negro y lleva cintas blancas de gala. Come sanguchitos en una esquina del hall de entrada. De pronto entra con su banda un Luis Miguel muy joven. Se acerca y me pregunta algo, mientras come de mis manos un petit appetizer: queso y pancito de viena.

Luismi me besa los dedos, mientras me como el resto del pancito con queso. Siento el cine en mis manos.

19.

Una vez más, el clásico momento de ir hacia el aeropuerto se complica. Cuatro horas se convierten en tres, en dos. La certeza del “no llegarás a tiempo”. La complicación a último momento. El pasaporte olvidado. Siempre lo mismo, entre el sonido de los dientes que rechinan y se chocan en un bruxismo imparable.

20.

Con la ayuda de una extraña maquinita me saco una línea de piel superficial hasta llegar a un punto negro. En las manos me rebota. Voy en un taxi, por alguna zona entre Chile y Colombia. Tomamos una casa gigante junto a una familia. Ellos toman la habitación de abajo mientras los chicos juegan. Encontramos más habitaciones.

Más tarde vuelvo a subir y encuentro autos. Muchos autos estacionados. Están mostrando la casa, que se compra pagando una deuda millonaria.

21.

Nos enredamos entre dos, o quizás más, para encontrar entre nuestros cuerpos esa forma perfecta que generaría, en el reflejo o en la cámara oscura frente a nosotros, un pattern perfecto, rapport infinito y exquisito. Mezcla de cuerpos y contenedores, reflejos y sombras. Rematados por unas velas, quizás electrónicas, quizás bengalas digitales, que al encajar no harán más que confirmar la exquisitez orgánica y fractal de la composición.

22.

Viajamos por una carretera. Una autopista espiral. En el momento en que me pierdo, me encuentro frente a un edificio de azulejos blancos, una especie de salita pública abandonada, llena de cajas y basura. ¿Una estación de servicio? Si, es por abajo, me dicen. Allí encontraré nuevamente la carretera y el auto con los míos, para seguir andando en espiral.

23.

Con mi padre y mi hermana, nos retiramos hacia un destino playero. Una versión austral y peninsular de Choroni, en donde buscamos un refugio frente al mar. El pueblo es frío y bastante poco habitado. Entramos en una edificación en donde encontramos algo turbio, desconocido. No está claro si pernoctaremos allí, pero encontramos a un hombre más joven que se une a nosotros. En cierto momento, por alguna razón, quizás climática, o de fuerza mayor, decidimos retirarnos de la península. Para salir de allí será necesario atravesar la gran colina. El descenso es la parte más riesgosa: una pendiente muy marcada. Es necesario frenar abruptamente para que nuestro vehículo no colapse con aquellos que parecen estar esperando algo justo abajo de la colina, delante nuestro. De ese otro lado, encontramos un nuevo lugar para pasar la noche, esta vez será sólo una parada. En una gran cama, como de un refugio de montaña, nos disponemos a dormir. Él, quien nos acompaña, se ubica en una esquina opuesta, y desde abajo de las sábanas se desnuda y saca a relucir su miembro brillantemente erecto. Es un provocador.

24.

Todas las superficies se pegaban a mi piel: pringosas, húmedas. Al despertar lo supe, era un sueño recién pintado.

25.

Mi madre, mi hermana, mi amiga Julia, no se. Quería un regalo y tenía que ser una estrella. De oro. Mi elección era otra pero no había opción. El pedido era claro. En la joyería, quizás en la calle o en un local, solo había, de oro, estrellas de David.

26.

El cumpleaños de Lisi se superponía con un partido de fútbol. El plan era juntarnos en su casa, que no era tal, sino una quinta, o más bien simplemente una mesa bajo un árbol en un campo extenso. Frente a la mesa, un televisor bastante antiguo pero con extraños poderes. Aparecían personajes extraños, en particular recuerdo un hombre de unos 60 años con su hijo, o parte de su clan, de actitud mafiosa.

Por alguna razón, junto a otros televidentes tomamos el control de la emisión, cambiando el partido de fútbol con hogar a leña detrás por una especie de fantasía *noir* que incluía el despegue de un zepelín en vivo, por los campos en cuestión. Televisión expandida.

Hacemos zapping por otras memorias. Recuerdo firmemente aquella en que junto a un grupo de amigos entonamos un mantra en una especie de galería subterránea, para que la cámara se separase del grupo y siguiese en un plano perfecto y perpendicular a Sandra Gnjatovic que se dirigía muy convencida y en línea recta hacia una cancha de bowling, para hacer un tiro perfecto que acompañaba con su propio trote por detrás. La cámara, que seguía la pelota, mostraba al final a Sandra entrando en plano justo detrás para constatar con sus propios ojos que todos los bolos caerían y luego ver su cara llena de dicha.

Pero el señor asiático finalmente cambiaría de canal, sintonizando el concierto de Cat Power que tomaba el lugar y nos cantaba con un micrófono plateado y divino a todos quienes estábamos alrededor de la mesa, desde el árbol, desde el pasto. El señor asiático estaba confuso, una mezcla de pasión, rabia e incomprensión. A diferencia de sus shows normales, esta vez Chan sonaba perfectamente a tono con sus grabaciones o discos.

27.

Un mundial de delegaciones extrañas. La copa: la muerte de Tinelli.

28.

No podía frenar, me despierto y le cuento a Juli.

De nuevo me despierto y le cuento a Juli que tuve un sueño dentro de un sueño.

29.

En medio de una reunión o más bien un reencuentro con un grupo de compañeras del secundario, decidimos espontáneamente viajar a Los Ángeles. Vamos a ver la nueva performance de Sigrid Stigsdatter en un espacio de arte muy alternativo, una especie de construcción antigua con zonas semi abandonadas y ladrillos. Entre el público sentado en sillas acomodadas aleatoriamente estoy yo ahora acompañado por mi hermana pequeña a quien llevo a upa. Una vez comenzada la obra, Sigrid aparece entre las sillas reptando y pronunciando un texto irreconocible. Finalmente se acerca a nosotros gateando, y come unos pochoclos húmedos que le damos con los dedos. La escena es sensual. Entonces sigue un poco más con la acción hasta que desaparece sin dejar rastros. No se entiende si esto ha terminado o no, hasta que nos damos cuenta que se ha escondido en algún lugar. La obra se transforma en un juego de escondidas. Durante las horas que la busco sin encontrarla, encuentro en el fondo del terreno una sucursal de “La Quinta”, donde mi familia está reunida en el jardín comiendo un asado. Saludo con la mano a mi abuelo mientras sigo buscando a Sigrid entre los matorrales.

30.

En un set de filmación, o quizás una productora, o quizás un teatro, somos un equipo diverso y algunos de los colegas son mis amigos. En medio de una jornada, en un momento de pausa o algo así, ingresa por una puerta de atrás, del otro lado del auditorio o sala de proyecciones con varias hileras de asientos, un hombre blanco, pelado. Su modo: de pocos amigos, aunque lo acompañan en lo inmediato otros personajes que entran detrás de él, con maletines y un aura un tanto mafiosa. Preguntan quién es el responsable, a lo que voy a buscar al rector de la universidad, que en ese momento no está en su despacho. Los cito a otra sala y les ofrezco café. No aceptan y prontamente me hacen notar su molestia. Alguien del equipo de trabajo ha cometido un acto de discriminación hacia uno de los miembros de su grupo de origen musulmán. Intento convencerlos de que probablemente se trate de una confusión, y que seguramente se haya abordado el tema de una forma políticamente incorrecta, pero sin una intención discriminatoria. Pienso en Francisco, que había estado trabajando en ese extraño rodaje, y en sus comentarios picantes. Entonces, me invitan a salir con ellos a la calle, y caminamos varias cuadras. Ahora ya no son hombres blancos, sino una pequeña pandilla de jóvenes de aspecto medio-oriental, entre ellos una joven muy apuesta, parecida a ese personaje de Élite. Entonces, al pasar por una pequeña casa, ella se sorprende al reconocerla y entra por la puerta izquierda. El resto de la pandilla, por la puerta derecha, que queda más al fondo, para luego atravesar un pequeño jardín de entrada. Así como por inercia, los sigo, aunque cierran la puerta en mi cara. Toco. Al abrirla, frente a mis ojos, uno de los jóvenes me espera con un radiador incandescente y una cara que deja pocas dudas de sus intenciones. El resto de la pandilla lo acompaña detrás. Al dar vuelta mi mirada hacia la calle, el hombre blanco, vestido con un gran tapado negro, se me acerca, imposibilitando mi escape.

31.

Finalmente llegan esos mamelucos que tanto hemos esperado. Cinco mamelucos bi-cromáticos, de un lado naranja, del otro celeste. Con ellos vienen su creadora, la artista de sastrería chilena, y su amiga, quien cruzaría la frontera para traerlos. Nos encontramos en una casa antigua, similar a la de mis abuelos, en un cuarto que pareciera ser el que pertenecía a mi bisabuela, Rosa. Abrimos el paquete con ansias, y el contenido nos deslumbra. Vemos negro, vemos azul, celeste, parches. No es lo que esperábamos y nuestro asombro es eclipsado por una tensión general y por la actitud de nuestra sastre como de entusiasmo y negación. Actuamos todos como si esto fuera lo que esperábamos ver, aunque en verdad en nada se parece al diseño encargado. Entonces, me pruebo uno de los mamelucos, con un frente negro de pana, y lazos, y gran cantidad de moños, también de pana, que cuelgan del cuello. Entonces, no puedo dejar de mirar a Julia con extrañeza, haciéndole saber que estoy en shock. Pienso, internamente, en los robots subacuáticos, y sus caras al ver estos modelitos que les tocará ponerse.

32.

Luego de visitar, años, quizás décadas después de haber pisado sus aulas por última vez, salimos de Sofiehem-Skolan con una sensación mezclada de nostalgia y desapego. Mi hermana Clara, mi novio, Ruggiero, y yo, tomamos el subte ultramoderno que nos devolverá desde Sofiehem Vågen hacia nuestro paradero, hogar, o próximo destino. Pagamos el servicio con unos fichines plateados, con dos surcos de un lado y uno del otro que, sabemos, sólo cubrirán el trayecto de 4 estaciones. En la tercera parada, una mano robótica gigante, una especie de grúa incorporada a la estación ferroviaria simplemente agarra el tren en el que estamos, lo levanta, y lo coloca cual juguete en el andén opuesto. Quizás la mayoría de los pasajeros no lo notan, pero esto desviará necesariamente nuestro destino, por simple reversión del sentido de nuestro recorrido. Estaciones más tarde, volvemos al mismo lugar donde comenzamos para, minutos después, darnos cuenta de que si, efectivamente, vamos en sentido contrario. Una señora alterada, sentada cerca nuestro, nos pide ayuda y nos pregunta qué hacer. Nuestras monedas ya no valen para las paradas necesarias y ahora sí que estamos más lejos que antes.

Entonces nos movemos hacia otro vagón, ahora de madera, más angosto y mucho menos moderno, en el cual estamos sólo nosotros. No hay nadie más, y descubrimos, al ver por una mirilla, que el conductor del tren, íntegramente recubierto en madera cual navío antiguo, es Santiago del Moro. Escuchamos también que hay problemas en el suministro de agua del tren mientras vemos como nuestro chofer se dirige al baño, ubicado en un cubículo justo a nuestro lado, pero inaccesible para nosotros, los pasajeros. Mis compañeros de viaje se quejan del nauseabundo olor que ahora sale entre las tablas. Les recuerdo que mi condición COVID positiva me inhibe del olfato y me siento a salvo de este problema. Entonces llegamos al fin del recorrido, el punto opuesto al que inicialmente nos dirigimos, pero quizás, el comienzo de la solución al enigma de este misterio férreo. Al detenerse el tren, salimos, los tres junto a Santiago, dirigiéndonos con confianza hacia un lugar.

En una especie de quinta aledaña, ubicados sobre una mesa esquinera, se encuentra un grupo enorme de ex compañeros del Bachillerato de Bellas Artes, que culminan un viaje de egresados tardío y paralelo, al cual no hemos sido invitados, ni yo, ni mis más cercanos amigos de dicha institución. Siempre hubo una división en dos grupos, y esto no daba más que razón a mis sospechas. Camilo y Santiago, que están parados al frente del grupo, nos dirigen la palabra, como queriendo cambiar de tema frente a nuestro

asombro, y nos invitan a una feria que realizarán esa misma noche en alguna localidad platense. Pienso que estamos bastante lejos y me sorprende saber que volverán hoy mismo. Observo entonces al grupo y noto que todos, sentados en la mesa esquinera, están vestidos de negro, con poleras negras idénticas, y en su mayoría con rulos negros. El grupo de música y algunos otros, todos con rulos y poleras negras.

Entonces, emprendemos el regreso, pues inevitablemente el tren deberá volver ahora sí, para el lado contrario. Al llegar a la formación Carmín y otros compañeros de mi curso se suben a un vagón con 5 camas, que unas operarias están preparando con mucho decoro. Nos dicen que esperemos abajo hasta ser acomodados. Pero esto no sucede y el tren arranca, y entre vías, vemos como miles de trenes ultramodernos desfilan por arriba: son trenes colgantes, que pasan a milímetros de nuestro cuerpo sin tocarnos. Pienso en Carmín y en su suerte de viajar durmiendo en semejante formación, hasta que finalmente veo como el tren se aleja y lo perdemos. Corremos hacia él y llegamos a la próxima estación: San Francisco.

Del Moro va a pagar por este maltrato, de esto es lo único de lo que estoy seguro al despertar.

33.

Una vez más, la puerta de madera al lado del kiosco sobre diagonal 73 entre 40 y 41 se abre frente a mi. Es de noche pero sin dudarlo entro, entrometiéndome entre un grupo de adolescentes que esperaban afuera.

34.

Nuevamente en un vagón, cubierto de algún tipo de cartapesta, viajamos hacia algún lugar desconocido, o eso creemos, porque el vagón no tiene ventanas. Las cuatro paredes junto al techo están enteramente cubiertas de este material, que intermitentemente presenta unas protuberancias circulares, como grandes granos, en un tono un poco más oscuro. Marrón o verde, nada demasiado colorido. Como una especie de *cover* bizarro y de bajo presupuesto de la artista japonesa de los puntos.

Sentados en bancos paralelos, como los del subte línea C, vamos con un grupo de amigos, mi novio, quizás algún familiar y otros pasajeros desconocidos.

Luego de un rato decidimos pasar al vagón de adelante. Al abrir la puerta del nuevo compartimento encontramos una escena deslumbrante. Este vagón tiene la forma de una especie de apartamento de lujo, incluyendo una cama sommier y sobre ella, una pareja clase *business*. Descubrimos otros vagones. Uno de ellos, íntegramente cubierto de cabinas de ducha. Ahora sabemos que viajamos a Londres. Pero la incomunicación con el exterior por la falta de ventanas hace difícil saber cuándo llegaremos, o aún peor, si ya nos pasamos. Alguien dijo Covent Garden. Teníamos que bajar ahí, o en la estación siguiente.

35.

Una torre de Pisa, un teatro público de alguna capital provincial. Del hall mismo se accedía a las escaleras continuas que nos llevarían hasta arriba, pasando despachos de dirigentes, salas abandonadas y oficinas, muchas oficinas. Llegaríamos a ese piso superior a eso de las 7 de la tarde, comenzando a subir un poco menos de una hora antes.

Ella, él y yo subiríamos hasta llegar, sin dudar, sin pensarlo. Ese piso era hermoso, abandonado y sin uso, y aún conservaba algo de su encanto, con su mobiliario de diseño naval. En particular nos gustaba una especie de cama, de esas de velero, empotradas junto a una de las ventanas.

La ventana tenía una arista, y girando continuamente al igual que la confitería giratoria del Cerro Otto, nos daba un panorama infinito del pueblo desde arriba. Por momentos, pasábamos muy cerca de objetos, cosas, otros edificios, incluso del piso. Mareado, en un momento de la noche, me ponía a hacer cálculos según mi visual, deduciendo que teníamos ya una inclinación de 10 grados y que caeríamos inevitablemente. Pero al rato todo se enderezaba: no había explicación. Así resistíamos sin problema hasta el amanecer, viendo estrellas fugaces y conversando, la pasabamos bien. Sólo cuando comenzó a aclarar pensamos en volver a bajar.

En las escaleras nuevamente, nos encontrábamos con mi madre y mis hermanos, ellos también subían. Pero se sumaban ahora a nuestro descenso. Atravesabamos nuevas oficinas, algunas claramente de personal jerárquico. En una de ellas, ya con gente, fingimos saludar para poder pasar. No mucho después nos encontramos con el piso-confitería, en donde gran cantidad de mozos nos atendían e interrumpían el paso de una forma bizarra. Todo esto a través de una pequeña puertita, que al no poder atravesar, nos interrumpía el paso. No, no íbamos a tomar el ascensor. La única forma de atravesarla sería convencerles de que estábamos allí para consumir algo. Al fondo, veíamos grandes stands, cada uno dedicado a una *patisserie* diferente. Todas, croissants y chipas, tenían un tamaño exageradamente grande. Pedí reiteradamente dos dobles cortados, un café con leche y un chipa. Si, los chipas también eran gigantes y al fondo alguien los acomodaba mientras el queso se chorreaba por sus manos. Fueron varias veces que pedimos porque todo se mezclaba y confundía entre gracia e ignorancia. Entonces nos sentamos en una mesa. Recuerdo el momento en que una de las mozas me trajo un jagermeister, en un vaso verde con forma de punta de biberón, agitándolo a último momento para generar un efecto con

su espuma. Tambien recuerdo el mozo que finalmente se uni6 a nuestra mesa. Ellos no sabían que estabamos infiltrados y que nuestra misi6n era continuar bajando.

36.

Una casa gigante. O quizás varias. Recuerdo primero encontrarme con mi prima Camila, que andaba en patines y me invitaba a subirme. Juntos, sobre su par de patines, nos movemos libremente deslizándonos sobre el parquet.

Es luego Ticiania quien aparece en silla de ruedas. No me sorprende al verla así, más sólo busco mi silla de ruedas para comenzar una sesión de contact improvisación *on wheels*, que resulta en una danza de sorprendente fluidez.

Mi otra prima, Pilar, aparece incrustada en una especie de huevo metálico, quizás un tamagotchi, quizás un reloj con incrustaciones de brillantes. A pesar de lo pequeño, el artefacto que la contiene pesa el equivalente a su cuerpo completo. Ahora, en la habitación transformada en un paisaje costero sin mar pero con gran cantidad de dunas, debemos subir a alguna de ellas para llegar a destino. Es difícil subirla a Pilar, que está inmovilizada allí dentro pero habla. Logro ayudarla, arrastrándola sobre el lado de una de las dunas. Arriba, nos encontramos con una pareja que asiste a un fogón sin fuego.

37.

Una heladería al lado de otra. La primera colapsada, la segunda cerrada. Sabíamos que al llegar a las 00:00 horas algo pasaría, y sí, alguien salió de la puerta del fondo y comenzó a atender.

Me moví rápidamente de la fila larguísima y colapsada del stand que ya estaba abierto, y me acerque rápidamente al otro, encarando antes que nadie a la empleada que acababa de salir. Esta heladería, a diferencia de la otra, promocionaba helados con alcohol. Pedí un cuarto: dulce de leche granizado, del normal, y luego dos con alcohol, algo con durazno y algo rosa, con unos nombres extravagantes que denotaban artificio.

Para mi sorpresa, el pedido saldría de la otra fila, en verdad el local era el mismo, solo que en la fachada se dividía en dos. Fui a sentarme a esperar en unos sillones al costado, y ahí vi llegar a Ramón. Entraba rápido, encarando el lugar con un amigo que parecía un poco ebrio. Le pregunté cómo estaba y se sentó a mi lado. Conversamos un rato, mientras le tocaba la entrepierna.

38.

El supermercado dentro del mall era inmenso. Grandes islas de heladeras en fila, rodeadas por pequeños stands de comida natural, vegana, cosas muy tope de gama, muy gourmet. Me acerqué a uno de ellos en búsqueda de granola. Necesitaba un acompañamiento para el yogurt, y pensé que la promotora podría ayudarme. Le pregunté por alguna versión sin gluten, y me entregó un paquetito con una especie de fruta brillantada gigante, acompañada por 2 o 3 guindillas brillantadas aplastadas entre el plástico y el frutón. Le pregunté si no tenía alguna opción con granos, no buscaba solo azúcar. Me dijo que podría agregarle sésamo, y me regaló todo el paquete: era una muestra gratis. Entonces entramos con él a la sala de proyecciones. Era grande y oscura, como un woodstock en un cine abandonado. Había pequeños cúmulos de gente reunida en diversas partes de la explanada, y nos dirigimos hacia el fondo, como detrás de una carpa. La película aun no empezaba, mientras nos revolcábamos, erectos.

39.

De nuevo, el centro comercial y su gran supermercado. Esta vez, en una estantería muy alta, como en una especie de arcada gigante, cocos rosados en oferta llamaban la atención. Claramente, aquí no había inflación: éste era el lugar donde vivir.

40.

Camino por unas calles de Toronto, o alguna ciudad canadiense, cuyas calles son las calles de La Plata. Voy por la calle 13, atravesando varias fachadas de bares nórdicos, esas casas bajas de grandes ventanas, abiertas, transparentes. Livings públicos, uno tras otro. En uno de ellos los veo, Sebastian y otros compañeros del secundario, sentados alrededor de una mesa, preparando un examen final. Entro al living-local y me sumo a la mesa. Entre los papeles, pequeños sobres de brillantina circulan de mano en mano. Luego de poco estudio y mucho brillo, decidimos arrancar en el auto de Sebas. Mi intención de quedarme en La Loma nunca es comunicada, mientras el auto se adentra en los suburbios, más allá de Ringuelet. La calle se vuelve avenida, ruta elevada. Cada vez más rápido, el vértigo eyecta mi mirada por fuera del auto y veo que nos dirigimos hacia un precipicio, como esas autopistas inconclusas que son el camino a una muerte segura. Sebas frena justo a tiempo, y ríe hacia adentro, mientras yo me abrazo al asfalto de ambos lados, como si abrazara un colchón de una plaza para asegurarme no caer al precipicio.

41.

Nuevamente, en esa casa al lado de la casa de mis abuelos, que cual bunker paralelo, nos hospeda. Estamos con Ruggi. Perdí mi celular, o lo dejé apagado. En reemplazo tengo una especie de Nokia 1100 brutalista, inutil, con botones rojos y gigantes. Mi padre, que viene de regreso por autopista, podría llegar a pasar para dejarnos algo, pero él pensaría que estamos en la casa de al lado, la de mis abuelos. Entonces, intento comunicarme con él para avisarle que, aunque no estamos ahí, estamos cerca, pero el nokia 1100 hace llamadas a otros números, y de mi otro celular, tengo una versión fotocopiada, un pequeño block de hojas verticales con algunas pantallas impresas. Intento llamar desde el papel, pero no funciona. De pronto, mi hermana Cata aparece en escena, está con nosotros en la casa de al lado. Sin comunicación, decidimos movernos rápidamente, no podemos perdernos de ese envío. Tomamos todo, Ruggi me pasa un pene de latex bastante grande, que recojo con el antebrazo, luego sumamos los celulares inútiles y algunas otras cosas y salimos con dirección a la casa vecina.

42.

En una cabaña de madera, un grupo grande de personas. No es claro si estamos refugiados, si estamos de vacaciones o si somos una comunidad que vive ahí. Me inclino por lo primero. Nos toca hacer la perfo a mi madre y a mi. Yo opto por hacer “el muertito”, dejar mi cuerpo a merced del control ajeno. Mi vieja por momentos es “La santa”. En algún momento de la escena comienza a sonar la alarma de mi reloj pulsera. Yo sé que no son una sino dos las alarmas programadas. Y que al rato sonará la segunda

43.

En Brasil, llegan de la calle Julia y su socia de la calle con dos chicos brasileños. Hablan y las escucho desde el otro lado de una puerta. Por alguna razón, entro a ducharme al baño. Los brasileños entran en la zona de duchas y se desnudan. Me agacho dos veces para sacarme cada vez una de las medias empapadas. Cada vez que bajo, rozo con mi brazo la verga de uno de ellos, que se agranda al ritmo de sus pulsaciones, erectándose hasta ponerse completamente dura. Las duchas se conectan a otras habitaciones contiguas por ambos lados. Escuchamos entonces que alguien se acerca, mientras caminamos a otro cuarto donde el garoto se sienta y yo le chupo. Cuando la situación es insostenible nos paramos. Su verga gigante queda dentro de mi boca.

Seba y su novia están de visita o nos encontramos con ellos en algún lugar. Se piden un Uber de Only Fans. Vendrán a buscarlos Troy y Evan. Me sorprende saber de esta tecnología. Le pido que me muestre quiénes son. Se puede ver un video en vivo de ellos viniendo en su auto. Ríen y fuman cigarrillos electrónicos.

Al ver el celular, veo que su destino es el edificio frente a la plaza de las Naciones Unidas en Estocolmo. Al verlo recuerdo que estuve allí, años atrás. Les cuento que ahí también tuve un encuentro sexual, pero no en la parte residencial sino en algún recoveco del hall de entrada, camino hacia los subsuelos. Quizás fue antes o probablemente después del concierto de The Knife, en una madrugada de verano, cuando nunca anochece.

Recuerdo el interior del edificio. Montábamos allí una exposición con herramientas precarias. Recuerdo también anotar algo en una pared con lápiz, que a la vista no se vería porque las paredes tenían algunos huecos, una textura rara como chorreada, pero siempre impecablemente pintada de blanco.

En un pedestal ubicado en esa sala, un chico se acuesta boca arriba. Mi compañero de montaje se ocupa, y yo me acerco al pedestal sabiendo qué hacer.

44.

Amsterdam o alguna ciudad nórdica, de esas que conservan un aire a maqueta pequeña. Aqua iba a tocar en un festival o algún tipo de evento, más cercano a un festival de artes multimediales o una exhibición de cine experimental. El festival tenía dos sedes y, aunque Around The World sonaría en la otra sede, llegaba primero a la sede principal, donde, al lado del escenario, en una especie de cancha de básquet punk, había algunos stands del festival con información sobre cada una de las presentaciones programadas.

Inicialmente me dediqué a deambular por ahí. Con una chica que oficiaba de seguridad, discutíamos sobre el stand de Aqua, un cubo blanco que iba desplegando caras como una especie de publicación arquitectónica infinita. Ella me comentaba que ese stand era su favorito y yo asentía. Le explicaba que era parte de un nuevo concepto que la banda estaba presentando, algo como una especie de formato mega horizontal, blanco y plegadizo.

Luego de una corta conversación, volví a la zona del escenario. Una banda más bien heavy estaba tocando. No recuerdo exactamente de quién se trataba, pero podría ser algo como una mezcla entre Metallica y algo Pop. El campo, o la zona de público, estaba prácticamente vacía. Me encontré de repente con Valentino, con quien compartimos la emoción de poder vivir un concierto casi privado. Hicimos algo de pogo.

Finalmente me dirigí a la otra Sede, para ver a Aqua. Eran, al menos para mí, el acto principal de todo el festival. La sede era parecida a Brakke Grond, la Casa de la Cultura Flamenca en Amsterdam. Entré. Todo estaba en silencio. Recorrí un poco el espacio, hasta encontrar una especie de recoveco cerrado por una cortina blanca. Al acercarme, Lene, la cantante de Aqua, se asomaba y me veía. Detrás de ella Søren me invitaba a pasar. Entré con entusiasmo, preguntándoles si ya habían tocado. Si, me decían. Una mezcla de decepción y fantasía recorrió mi cuerpo. Quería proponerles filmar su nuevo videoclip, pero sentía haberlos defraudado por llegar tarde a su concierto. El grupo se dispersa, y me dirigí a la esquina contraria del cubículo.

Al despertar, abro el celular. Lo primero que instagram me muestra es que Aqua ha realizado un posteo por los 25 años de su disco debut Aquarium. Venden un vinilo, que trae calcomanías y tatuajes temporales. Me levanto de la cama, lavo los platos sucios de la noche anterior y al volver a abrir el celular, veo que Aqua ha hecho un nuevo post.

Finalmente han elegido a uno de sus fans para llevarlo a su concierto. No soy yo, es un brasilero que se llama Valters, y con quien probablemente compartimos la misma edad. Pero Valters es más eufórico, más explícito, más Aqua que yo. Su pelo es azul. Abraza a Lene y Søren de la misma forma en que lo hice en mis sueños hace instantes.

Pienso que hay algo de realidad material y paralela en los sueños. Algún tipo de conexión o sincronía extraña con esto que llamamos vigilia. A veces, quisiera vivir en ellos. A veces, despertar es un gran alivio. Pero siempre, siempre, tomo agua antes de irme a dormir.